

Huapalcalco el posible origen del mito de “Xólotl” y los rituales mortuorios con Xoloitzcuintles

Huapalcalco the Possible Origin of the Myth of "Xólotl" and the Mortuary Rituals with Xoloitzcuintles

Oscar Omaña Nájera^a. Salvador Figueroa Hernández^b

Abstract:

The xoloitzcuintle is an endemic dog breed from Mexico that since its possible domestication in early periods such as the lower cenolithic, was represented in different cave paintings. It was a fundamental part for the hunting activities that the first settlers carried out. It was also part of the rituals where it used to be the companion of the deceased on their way to death.

Keywords:

Huapalcalco, xoloitzcuintles, Xólotl, mortuary rituals

Resumen:

El xoloitzcuintle es una raza cánida endémica de México, el cual desde su posible domesticación en periodos tempranos como el cenolítico inferior, basados en pinturas rupestres donde se encuentra representado, ha sido parte fundamental para la cacería de los primeros pobladores, así como en el uso ritual para acompañar a los difuntos en su camino hacia la muerte.

Palabras Clave:

Huapalcalco, xoloitzcuintles, Xólotl, rituales mortuorios

La zona arqueológica de Huapalcalco se localiza en el municipio de Tulancingo, en el estado de Hidalgo, más específico entre los cerros de la Mesa y el Tecolote en la comunidad de Napateco. Es considerada como el asentamiento humano más antiguo del estado, fundamentado en las dataciones por medio del carbono 14, de algunos restos óseos procedentes de humanos y cánidos, utensilios como lo son puntas de flecha o raspadores e incluso fragmentos de pinturas rupestres, que fueron fechados con una antigüedad aproximada que data del cenolítico inferior, periodo que comprende del 14,000 a.c. al 9,000 a.c., (Hernández Reyes, 2018)

Justo a este periodo se le adjudica la llegada de las últimas oleadas, de los primeros pobladores de América, aquellas que finalmente alcanzaron la parte más al sur del continente, que han sido denominados como Paleoamericanos, pobladores provenientes de Asia que fueron de los primeros en cruzar el estrecho de Bering durante la última glaciación.

Nos trasladamos a los años 50's del siglo pasado, los arqueólogos Florencia Müller y César Lizardi, de los primeros en realizar una investigación exhaustiva en el sitio, pusieron al descubierto un conjunto de monumentos piramidales, que ellos identificaron como teotihuacanos

^a Alumno de Escuela Preparatoria núm. Uno, Campeón Absoluto de la XI Olimpiada Nacional de Historia 2017. Email: osaymh17@hotmail.com

^b Lic. en Ciencias de la Comunicación. Egresado en Lic. Historia de México, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Escuela Preparatoria núm. Uno, Email: salvador_figueroa10327@uaeh.edu.mx

con influencias mayas o de las culturas del golfo de México, algo que en la actualidad ha sido confirmado parcialmente.

Esta primera investigación de campo formal, llevó a que en la siguiente década, la prehistoriadora norteamericana Cynthia Irwin-Williams, descubriese en la Cueva del Tecolote, una punta de lanza acanalada, que a su vez permitió el encuentro de unos de los entierros prehistóricos, donde por primera vez se encontraban restos humanos como animales, a manera de entierro ritual, una práctica que en la época de las civilizaciones Mesoamericanas estuvo ligada al culto del Dios Xólotl.

El contexto del descubrimiento del entierro, se dio como se menciona a raíz del encuentro de la punta de lanza, que provocó una búsqueda por más artefactos similares, lo que nadie se imaginaba es que a escasos metros adentrándose en la cueva y debajo de una capa de tierra y polvo se encontrarían con 2 esqueletos humanos masculinos de entre 36 y 55 años, con diversos artefactos, como un raspador de obsidiana, una punta de proyectil del tipo coxcatlán y lo más importante una mandíbula de un can. Este hallazgo llevó de nuevo a la necesidad de realizar una búsqueda más profunda y el resultado fue que en una de las paredes de la cueva, se encontró una depresión artificial en forma de semicírculo de 70 cm de diámetro y al excavar en ella a una profundidad de 40 cm, se desenterraron 6 esqueletos más pero a diferencia de los pasados, estos no correspondían a humanos sino a cánidos, además cabe mencionar que uno de ellos se encontró decapitado, por lo que se piensa que una parte de ese ritual consistía en cercenar el cráneo de uno de los canes de mayor edad o tamaño, acorde al esqueleto encontrado y colocar dicho cráneo juntos a los difuntos. (Monterroso Rivas, 2004).

A lo anterior le sumamos la presencia de pinturas rupestres, donde se ven representadas escenas de cacería, en las que se además de figuras humanas encontramos algunas similares a perros acompañando a los cazadores e incluso escenas exclusivas de ellos donde se les aprecia como una jauría. Sin embargo, el

deterioro de éstas no hace posible identificar a más de ellos.

Existe otra escena en lo que corresponde a la entrada de la cueva del Tecolote y la salida de la misma, que está relacionada con prácticas rituales prehistóricas, en la que se puede notar imágenes alusivas de fogatas, humanos e incluso una mano humana que ha sido considerada como la mano de un chamán. Estas representaciones corresponden al primer tipo de pinturas, caracterizadas por una tonalidad roja, fechadas como las más antiguas del sitio con una antigüedad estimada de 14,000 a 9,000 a.p.(INAH, 2018). Con la evidencia anterior se puede afirmar que en efecto, lo encontrado en la Cueva del Tecolote era un entierro ritual donde al fallecer dos individuos importantes para esa comunidad, posiblemente durante una cacería como lo indican las pinturas rupestres alusivas a estos temas o el mamut descubierto en la localidad de Matías Rodríguez, en el municipio de Singuilucan, decidieron honrarlos con un sacrificio de seis canes, que pudieron ser sus compañeros en el momento de la cacería, ya que al momento de ser examinados sus huesos se determinó que poseían una notable similitud de tamaño y mandíbula con los lobos asiáticos (Hernández Reyes, 2018)

Marcando uno de los primeros precedentes, si no es que es el de mayor antigüedad en México, siendo incluso más viejo que los descubrimientos de entierros de canes en el Valle de Tehuacán, en Puebla y Tlapacoya, en el Estado de México, también procedentes del cenolítico de una práctica religiosa que sería asimilada milenios posteriores que fue la del entierro de canes para que acompañasen al difunto en su viaje al Mictlán, en donde los descendientes de estos 6 perros los xoloitzcuintles retomaron el papel de sus ancestros, ya que las características de la morfología de los esqueletos encontrados y los xoloitzcuintles actuales coincide, sugiriendo que en efecto esta raza endémica de Mesoamérica tiene un ADN más en común con los perros Paleoamericanos y algunas especies extintas de lobos (Valadez Azua, 2018) que con cualquier raza de perro

europaea, lo que lo diferencia del chihuahua que contrario a este proviene de otra familia de canes, a esto se le agrega que muchos especialistas defienden que el xoloitzcuintle, como especie tiene más de 7,000 años de antigüedad, sin que el hombre haya intervenido en su generación, por lo que la domesticación de una especie de lobo fue en lo único en que la humanidad intervino (Campos, 2016).

Resulta sorprendente que acciones rituales de suma importancia religiosa para los mexicas y pueblos del postclásico, ya se presentaran desde el cenolítico, como el uso de las cuevas como espacios de culto sagrado, mortuario y depositario de ofrendas, además de como ya se dijo, fue de los primeros sitios donde el perro acompañó a los difuntos en su camino al más allá, si recordamos la cosmogonía prehispánica, Xólotl era el Dios de la transformación, la oscuridad nocturna, lo desconocido, la muerte, era a su vez el hermano gemelo de Quetzalcóatl, era una de las advocaciones de Tlahuizcalpantecuhtli, si su hermano era la luz de la mañana que anunciaba la salida del sol, Xólotl era el encargado de conducirlo durante la travesía que realizaba Tonatiuh el Dios del sol de los mexicas, al Mictlán, de la misma forma en que los perros conducían al difunto y le evitaban los peligros en el reino de Mictlantecuhtli, formando así una dualidad entre ellos, de la vida y muerte.

Cabe agregar que a la palabra xoloitzcuintle, proviene del náhuatl, Xólotl, extraño, deforme, esclavo, bufón, adjetivos y términos que describían al Dios homónimo y de la palabra itzcuintli, que significa perro.

Curioso es que la serpiente emplumada, en su forma de hombre, habitara Huapalcalco por cuatro años, antes de dirigirse a fundar Tula, sitio donde la presencia de los xoloitzcuintles estaban presentes en los entierros de los nobles, lo que nos indica que en Huapalcalco de una u otra forma la dualidad estuvo presente o al menos en representaciones de ella en diferentes épocas, pero cumpliendo con su rol que les conferiría un carácter

sagrado posterior y aun es más increíble que ambos dioses, antes del periodo Postclásico, hayan nacido de hombres de carne y hueso, que compartían un linaje en común con el de los chichimecas, el Caudillo Chichimeca Xólotl y el Príncipe Tolteca-Chichimeca Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, que por sus hazañas fueron elevados a la categoría de Hombre-Dios y fueron por sus nombres que las culturas nahuas y del centro de México, llamaron a sus dioses (Rivas Paniagua, 1982).

Por último, quiero agregar una observación e interpretación mía del entierro ritual de la cueva del Tecolote, llamada así por la existencia de un pintura rupestre alusiva a este animal, actualmente desaparecida, como he descrito con anterioridad, existe una salida/entrada de luz natural de esta cueva que nos dirige directamente al conjunto de pinturas rupestres del chamán, no sería esto acaso una alegoría al viaje que los difuntos en compañía de sus perros tenían que realizar, pasando del mundo terrenal, representado por la cueva de su entierro al más allá atravesando por esa salida de luz que los llevaba a las pinturas previamente mencionadas, que pudiera representar la purificación de sus espíritus o el viaje que realizaban de la oscuridad a la luz que muchos años después se le adjudico al Dios Xólotl, porque cabe mencionar que tanto la cueva del Tecolote como las pinturas rupestres, durante el resto de la prehistoria y la época prehispánica, fueron respetadas y veneradas como sitios sagrados, siendo Huapalcalco en el epiclásico un santuario-mercado, ya que estos "nuevos" habitantes consideraban a las cuevas como un lugar sagrado, como se observa en la cantidad de ofrendas de obsidiana que fueron dejadas en la cueva del Tecolote, que van de navajillas, puntas de proyectil y raspadores, además de que en los cerros de la Mesa y el Tecolote, se observa un superposición de pinturas rupestres, de tonalidades rojas, anaranjadas y blancas, éstas últimas corresponden a la ocupación Tolteca del sitio, sin mencionar que el entierro ritual de perros y humanos jamás fue tocado, y nada fue removido de su sitio, hasta la década de los 60's del siglo pasado, pudiendo servir como una especie de referencia para la

continuación de los entierros rituales con xoloitzcuintles usados por los Teotihuacanos y Toltecas, culturas que habitaron el sitio y que posteriormente fue adoptada por otras culturas mesoamericanas.

Referencias

- Ávila Carillo, E. (Campos, T. (26 de agosto de 2016). Xoloitzcuintle, el perro mexicano es mucho más que sólo un símbolo de la Ciudad de México. Recuperado el 7 de septiembre de 2018, de Xataka: <https://www.xataka.com/otros-1/xoloitzcuintle-el-perro-mexicano-es-mucho-mas-que-solo-un-simbolo-de-la-ciudad-de-mexico>
- Hernández Reyes, C. (2018). INAH. Recuperado el 5 de septiembre de 2018, de Opinión de un experto: https://lugares.inah.gob.mx/es/inicio/opinion/14190-el-hombre-prehist%C3%B3rico-en-hidalgo.html?lugar_id=1734
- INAH. (9 de enero de 2018). Zona Arqueológica Huapalcalco . Obtenido de Los primeros pobladores de México: <http://inah.gob.mx/zonas/81-zona-arqueologica-huapalcalcohttp://inah.gob.mx/zonas/81-zona-arqueologica-huapalcalco>
- Monterroso Rivas, P. (2004). Los entierros de la cueva del Tecolote. Tesis para obtener el título de licenciado en Antropología Física. México: ENAH.
- Rivas Paniagua, E. (1982). Hidalgo: Entre selva y milpas, la neblina. Mexico: Secretaría de Educación Pública.
- Valadez Azua, R. (2018). El origen del perro americano y su dispersión. *Arqueología Mexicana*, XXI(125).